

CARLOS FORESTI

"Lo que está en mi corazón" de Marcela Serrano. Chiapas y las huérfanas del Apocalipsis

En medio del camino de nuestra vida
errante me encontré en selva oscura
porque la recta vía era perdida.¹

Dante y el Apocalipsis, la 'selva oscura' y los cataclismos y flagelos anunciados y reiterados en la universal historia danzan y dialogan en la estructura global de *Lo que está en mi corazón*.

Lo que está en mi corazón es un coro de voces de vida lacerada, voces de las hijas de la Apocalipsis, voces que "se encuentran errantes por la selva oscura" que dejó las caídas de muchos muros levantados por el derecho a la dignidad, por el derecho a la vida, por el derecho a respirar otro aire, por un aire que deje de ser asfixiante, por un aire que borre las fronteras de la desigualdad, de la desigualdad de clases y de la "globalizada" desigualdad de género dentro de esas clases y grupos.

En su progresión narrativa, la novela de Marcela Serrano se impregna de un especial tinte angustiado e ideológicamente auténtico.

Nuestro ojo de lector se enfrenta con una titulación aparentemente extraña. ¿Por qué "Las huérfanas del Apocalipsis", primera parte de la novela, ocupa prácticamente 250 páginas en un total de 270 y por qué se inicia la narración de esa parte en un jueves y se cierra en un miércoles luego de haber empezado en medio de la semana? Nos extraña, porque cuando avanzamos en *Lo que está en mi corazón*, los días transcurridos en San Cristóbal de las Casas no coinciden con los días que dan título a los que podríamos llamar capítulos de 'Las huérfanas del Apocalipsis'.

Y ante esta incógnita nace la voz del Apocalipsis en diálogo con la narradora y su encuentro con mujeres de diverso origen nacional y racial, con mujeres que han sufrido el flagelo del Apocalipsis universal: persecución política y persecución social. Todas ellas buscan un particular modo de liberación. Ninoska tiene la marca del campo de concentración donde sobrevivió; Reina, la marca del fracaso de un intento político frustrado, Paulina de las consecuencias de su adhesión a la lucha zapatista, Camila, la marca de su propia vida, y la niña de seis años que Camila encuentra en la plaza, lleva la marca heredada de los siglos de dominación de su pueblo y de la prepotencia de los ancestros culturales del machismo.

Sin embargo, en medio de la "selva oscura" de estas huérfanas, y con la posible apertura al amor en un "Lunes de San Cristóbal de las Casas",

¹ Nel mezzo del cammin di nostra vita / Mi ritrovai per una selva oscura / ch'è la diritta via era smarrita. (Traducción libre de "La Divina Comedia").

renace en Camila la esperanza:

No estoy segura cuánto invirtió en mí la naturaleza ni de cuántos dones se desprendieron los dioses al crearme. Pero algo hicieron para haberme convertido esta noche en la mujer que fui. En la señalada. Y como -quizás- *estoy llegando a la mitad de mi vida*, me siento con derecho a ser relativamente optimista (Ed. Planeta, Barcelona, 2001:198)²

Así, en la estructuración de *Lo que está en mi corazón* corren tres líneas que en un comienzo parecerían independientes o por lo menos no sentidas como totalmente integradas; pero a medida que la diégesis recorre su camino entendemos los hitos del camino elegido por la narradora.

En primer lugar, como telón de fondo, corre la línea del proceso épico universal, de la historia de la humanidad transcurriendo a grandes zancadas y con pinceladas de un diabólico pintor impresionista. Con un zoom narrativo, el proceso épico llega al presente de Chiapas donde sentimos que se concentra la injusticia universal, donde "el concepto de tiempo aquí es otro, uno que se redobla y amplía en ondas continuas tiñendo la atmósfera de una rara disposición de eternidad" (29). Ahí Camila, la protagonista central de la madeja narrativa, siente que cada uno de sus días pasados en San Cristóbal de las Casas la fueron acercando:

...a la vitalidad, contándome que no era demasiado tarde para algo parecido a la salvación, como si en el enorme, loco y desmadrado mercado de alimentos de esta ciudad me hubiesen escogido, de entre los muchos puestos de hierbas destinadas a aliviar infinitas dolencias de los más diversos tipos, una especial para la tristeza; cada sorbo de ese brebaje me arrancaba un poco de ella, despejándome, intentando devolverme el colorido (29).

Ese proceso épico recorre un tramo de la historia de Europa y su fascismo con la marca en el brazo de Ninotshka, la sobreviviente del terror de un campo de concentración. Ninoshka ha llegado a San Cristóbal de las Casas con la intención de no olvidar la ignominia ni permitir al mundo olvidar la historia de esa ignominia:

Ninoska /.../ Judía nacida en Odessa, es una veterana de muchas guerras. Arrancó desde su país a Francia en una de las tantas persecuciones a su gente, allí enfrentó la represión de la segunda guerra mundial, sobreviviendo por milagro a un campo de concentración que le dejó unos números tatuados en el brazo que ella muestra abiertamente a quien desee verlos, agregando que lo hace *para nunca olvidar* (65)³.

Ninoska es la visión universal de las hijas del Apocalipsis y con ella reiteran el drama en un fragmento de geografía: Reina, la revolucionaria, Paulina, la zapatista, la niña de seis años con la hermanita en sus brazos, Camila con su propia orfandad.

² La cursiva es nuestra.

³ La cursiva es nuestra.

En esta línea temática, con la historia a la espalda de las hijas del Apocalipsis, Camila se incorpora como una más con su propio relato de vida y con la silueta consciente de su madre. Viene con su odisea vital de la muerte a muy corta edad de su hijo y de un matrimonio desgastado por los avatares de la vida en pareja y sobre todo por el infortunio común de la muerte del hijo.

Tres líneas temáticas, con su particular densidad; recorren el mundo ficticio de *Lo que está en mi corazón*: el proceso épico o histórico es el permanente telón de referencia en fusión con las historias de las hijas del Apocalipsis. Y al proceso épico y a las historias de las hijas del Apocalipsis, suma Camila su historia, su tristeza profunda y encierro en la atmósfera del tranquilo y aséptico Washington.

Camila, luego de perder a su hijo ha permanecido devorada por la abulia y la imposibilidad de contemplar el mundo más allá del dedo gordo de su pie:

Lo único relevante entonces, en Washington, era observar la uña del dedo gordo de mi pie... romperme los ojos en la curva superior que diseña la uña... (213).

Camila llega a San Cristóbal de las Casas para hacer un reportaje sobre la situación de Chiapas como periodista sin experiencia. Llega con la tabla de salvación que le había tirado el amigo propietario de una revista norteamericana, quien ante las dudas que Camila le manifiesta sobre su inexperiencia periodística y su desconocimiento del tema, le ha respondido que busca el informe de una no experta porque está lleno de informes de expertos sobre la materia.

Dolores es la madre de Camila. Camila la ama y admira. Interiormente está en permanente parangón con ella, comprometida con el gobierno de Allende, perseguida, encarcelada, torturada, pero que no ha aplastado ideológicamente a su hija más allá de una permanente luz hacia la solidaridad humana.

Dolores es su referencia. No le molesta, pero no la olvida y su apertura final es un regreso a su madre, a su casa, a su Chile.

Sin que podamos establecer una graduación en el regreso a su origen y a su presencia consciente del sitio de acción, la construcción del mundo que vive en San Cristóbal de las Casas es una referencia reiterada de su ajenidad al momento que vive lejos de su cómodo existir en Washington:

Mientras caminaba /.../ algunas preguntas básicas se colaron en mi discernimiento. Algo informe arrancaba de cuajo mi propio centro y me prevenía a gritos, en forma insultante, de mi ajenidad en este lugar y en los sucesos de las últimas horas (64).

Reina ha sido atropellada. Camila va al lugar del atropello y encuentra el arete de plata de Reina. Le asaltan a la memoria las palabras de Sarama-

go "Hay sangres que hasta cuando están frías, queman" (58).

Reina es la referencia que Camila lleva como lazo entregado por Dolores. Reina ha llegado a San Cristóbal de las Casas para sostener el muro de la dignidad y vivir esas pequeñas utopías a que se refiere Camila en su diálogo con Luciano:

-¿Sabes, Luciano? No es sólo que Reina logra escaparle a la inmediatez. La gran diferencia entre ella y los demás es que a ella no se le cayeron los muros. Viniendo a Chiapas, lo que ha hecho es sujetarlos con sus propias manos.

-Lo que ha hecho es escaparle a una condición que teme: la de ser una huérfana.

-¿Huérfana de qué?

-Del Apocalipsis (114).

Camila ha conversado antes con Reina y le ha preguntado qué quieren los zapatistas y su respuesta:

-Que se haga justicia /.../ que se reconozca tanto en la Constitución como en las leyes mexicanas la existencia de la población indígena, su dignidad, su autonomía y el disfrute de sus derechos colectivos, que llegue la paz a sus tierras, que desaparezca toda forma de discriminación a sus pueblos (58).

Reina vive y muere por su muro, por su utopía en este rincón de México, donde ella y sus amigos Jean-Jacques, Luciano y Ninoska :

...encontraron en el sureste mexicano un nuevo espacio en la tierra donde las utopías resucitaron, pequeñas, fragmentadas, con fronteras muy delimitadas, pero utopías al fin (121).

La realidad de Chiapas está en contrapunto permanente con la inquietud de Camila y su desprendimiento del compromiso. Luego de encontrar a la niña de seis años, su corriente de conciencia desemboca en la constatación de la verdad de Chiapas:

Cuatro siglos y la misma realidad. ¿Es posible que el devenir se frene, se inmovilice, se empañe, se congele en un lugar específico que alguna vez alguien debió apuntar? /.../ Al cerrar la tarde, lo único que me quedaba era una pequeña verdad: el tiempo se detuvo en Chiapas y Dios siguió de largo su camino (103).

Y yo, Camila:

Crecí con un enorme repudio por la falta de libertad y desde siempre intuí que la democracia era el mejor de los destinos. Pero nada más /.../ la única consigna en mi educación fue la solidaridad, ninguna otra. Cuando a veces escucho aquel lenguaje de antes, su vocabulario tan rimbombante y dogmático y totalizador, agradezco al cielo no haberme criado en él, no importa cuáles fueran las razones de fondo (116).

Y Camila recapitula:

Lo único que ostento en mi curriculum revolucionario es haber efectuado pequeños encargos para Dolores durante los años de represión, haber salido a la calle a manifestaciones un par de veces /.../ lo mínimo que cualquier persona decente habría hecho durante esos años. Repito: lo mínimo (117).

Y cuando llegó la democracia, aunque a medias, según algunos, Camila nos cuenta que:

...estaba en una edad hermosa: veinticuatro años. Pero no fueron tantos los que me retuvieron, ya que al finalizar el primer gobierno de la Concertación me fui a vivir a la capital misma del imperio (116-117).

Pero el proceso épico universal, aquel que se reitera implacable y angustiante, aquel que muestra el ejercicio del poder, tuvo su festín en Chile. El festín no devoró sólo un gobierno, devoró muchas esperanzas que se trocaron en escepticismo. Camila es hija de Dolores, una Dolores que sabemos encarcelada, torturada, pero luchadora todavía, aunque con una cicatriz imborrable. Y entonces cae el muro de Berlín y se ensancha el desencanto:

El muro de Berlín cayó también sobre mis veintitrés años de entonces, convenciéndome de la inutilidad de hacer otras pruebas, del espanto escondido donde creí que residía la justicia. Caminé muy desvalida por mi primera juventud, sólo para comprobar que el hambre es siempre la misma y que el veneno final, absoluto y total, proviene del poder. La caída del muro nos afectó a todos, creyentes y no creyentes. A los primeros los llevó por caminos muy distintos: unos se volvieron empecinados y se encerraron en sus propias verdades; otros escogieron la patente del curso del pragmatismo y se sintieron con licencia para prosperar en proyectos personales (118).

El destino de unos pocos fue seguir en sus ideales revolucionarios, pero aunque mantenían su vocación:

...ésta carecía prácticamente de sustancia. Eso los convertía en seres cada día más huraños y desadaptados, como si los izquierdistas revolucionarios hubiesen estado preparados para una vida corta y heroica, y ahora la historia los condenase a vivir sin esperanzas un largo invierno en un territorio para siempre ajeno y hostil (119-120).

La carta de Dolores a su hija es la expresión del dolor y el convencimiento de la justicia de lucha de Marcos en Chiapas, pero a su vez es un dolor reconocer esa justicia. Es dramático el reconocimiento de Dolores:

Cuando habíamos aceptado -a regañadientes, pero aceptado- que la lucha armada había fracasado en América Latina. Y con este sufrido convencimiento habíamos apagado la luz ¿Te das cuenta? En ese preciso momento, ¡zas! que aparece el maldito y nos echa su mexicano pelo en la sopa /.../ El

aparece con su pipa para decirnos que no supimos esperar porque la revolución era posible... de otros modos, en otros lugares o con otra gente. Pero que era posible (127).

Varios incidentes, pequeños y de gran tamaño. Todos remueven su conciencia: el atropello de Reina, la conversación con la niña de seis años, el relato de la vida de Paulina y los llamados telefónicos con la pregunta ¿sabes quién se la coge?, como si quisieran quitarle a Reina "la dignidad mínima de ser gestora y no una espectadora, hasta eso quieren negarle" (94), una película con la huida de una mujer desnuda porque han llegado los paramilitares a Ateal, el incidente de la india insultada con grosería y prepotencia por un automovilista. Todo se concentra en Camila como para que en un momento de sus días en San Cristóbal de las Casas le haga recapitular y diga:

Conté y eran diecisiete mis días mexicanos: cada uno se montaba sobre el siguiente, arrojando pequeñas inyecciones de vida, cada uno de ellos con lentitud pero con eficacia, lograban en su acumulación dejar atrás a esa mujer rota de la cama letárgica (141).

Después, su secuestro con el miedo, con los insultos y la denigración que es más fácil intentarla con mujeres, no por su debilidad, sino por su dignidad. Y de ese secuestro se libra por la muerte de Reina en el hospital. Las manifestaciones y las protestas asustaron a los paramilitares que la abandonaron en la noche en medio de la calle.

Herida, asustada, golpeada en el alma y en el cuerpo llega a la casa de Luciano, quien como siempre le abre los brazos de su ternura, de su amor y de su serenidad. Con él había recuperado su capacidad de amor y llega a sus brazos, a su refugio, aunque luego deba tomar el avión para alejarse de San Cristóbal de las Casas y de ese amor que le ha devuelto su condición de mujer, y aunque le responda a Luciano que le recuerda las palabras de la Beauvoir "...no se nace mujer, se llega a serlo.- ¡Supieras cómo me cuesta! Si lo supieras..." (195).

¿Y qué pasa y ha pasado con las mujeres mayas? ¿Les cuesta ser mujeres? ¿Qué pasa específicamente con Paulina, paradigma de mujer maya que ha luchado con los zapatistas y que lleva su propia cicatriz, la cicatriz de la lucha y la cicatriz de la tradición de mujer maya?:

Paulina Cancino no sabe, como muchas otras de sus compañeras, cuántos años hace que nació, calcula que pueden ser más o menos veintisiete o veintiocho. Pero sí sabe que su madre sepultó su cordón umbilical bajo las cenizas del fogón, sellando así metafóricamente su destino; no en vano el cordón de su hermano fue llevado al monte y enterrado bajo la libertad de la naturaleza pura (157).

Esta tradición inserta en el pueblo maya es un golpe más en la conciencia de género de Camila. Si no han titubeado en matar a Reina, si me han

secuestrado y golpeado, "¿qué chillidos, qué pantanos espinosos cruzarán sus propias mujeres?" Entonces :

Me parece natural, más bien urgente, que las indígenas zapatistas hayan exigido una ley especial para mujeres; de sólo mirar sus cotidianidades una se pregunta por la historia, si pasó sin detenerse, con los ojos cerrados. Lo que han hecho las *enmontadas* es despedirse de su mundo (221)⁴.

Y así se entiende y lo entiende Camila cuando Paulina dice: "Quisimos empezar a vivir con mayúsculas" (221).

¿Y que duda hay? que: "Cada mujer que se libera de su historia en Chiapas vale por muchas esperanzas, si han logrado romper el asfixiante asedio de cientos y cientos de años" (222).

Camila acepta su condición de huérfana, una huérfana más del Apocalipsis al lado de las mujeres zapatistas, al lado de sus compañeros dispuestos a romper toda clase de esclavitud, Camila se jura a sí misma aceptar con ellas "a la huérfana que soy" (240).

Luego su regreso apresurado a Chile. Cuando perdió su libertad, cuando se recuperó a medias de su secuestro, entendió que la libertad perdida sólo la recuperará volviendo al lugar donde nació.

En Chile, con su experiencia vivida "una semana" en la "selva oscura" y en la vivencia de la universal y reiterada Apocalipsis, empieza su informe a la revista. Lo inicia, lo borra, y lo empieza otra vez:

Había una vez una mujer. Se llamaba Reina Barcelona. y aunque nació en Uruguay, llegó a a las montañas del sureste mexicano a pelear su guerra (270).

Borra lo escrito y empieza otra vez:

Había una vez una mujer que al dormir transformaba su cuerpo en un ovillo y se tragaba el llanto. Su nombre era Reina Barcelona (270).

Es lo que está en mi corazón...

⁴ Enmontadas: mujeres zapatistas, mujeres que se han ido al monte para luchar por los zapatistas.

Reviews and Notices

Arndt, Marie. *A Critical Study of Sean O'Faolain's Life and Work. Studies in Irish Literature*, 5. Lewiston, New York, Queenston, Ontario and Lampeter, U.K.: The Edwin Mellen Press, 2001. xv +290 pp. Price £ 74.95 or \$ 119.95 ISBN 0 7734 7410 2

The Irish writer and youthful IRA volunteer and publicist Sean O'Faolain (1900-1991) deserves to be remembered as a short-story writer of genius and perhaps also as an iconoclastic cultural critic. But he has less academic attention than he deserves. Dr Marie Arndt's comprehensive critical study usefully reminds us of the range, variety and generally high quality of his output in a literary career which spanned six decades. In addition to the volumes of short stories and his famously acerbic study of national character *The Irish* (1947, revised edition 1969) he wrote novels, biographies, autobiography, travel books, a film script, plays, poems and literary criticism. In the difficult years of 'the Emergency' which the rest of Europe called the Second World War he resisted cultural isolationism and narrow nationalism by founding the most important literary magazine in Ireland, *The Bell*, and editing it from 1940 to 1946.

The helpfully chronological organisation of this book makes it possible to detect common concerns running through different kinds of writing at any given period. The extensive bibliography helps the reader to trace his career from articles for the *London Review of Books* in the early 1980s right back to contributions in the 1920s to *The Irish Statesman*, edited by Yeats's friend George Russell ('AE') but already moving beyond the romantic Celticism of the Literary Revival to anticipate the cultural pluralism of *The Bell*. Dr Arndt shows that his complex quarrel with the autocratic Eamon de Valera, his conservative vision of the new Ireland (a 'dreary Eden') and Irish Catholicism, denounced as Puritanical and inhumane, developed gradually, mainly in the wake of his return to Ireland after a period of studying and teaching in America and England. The first book on de Valera, published in 1933, managed to be reasonably positive and patriotic though his later study, published in 1939, was much more hostile. This mounting hostility invaded and energised every aspect of his literary output. Even when he was ostensibly compiling an anthology of Irish poetry in English translation, as in *The Silver Branch* (1938), or writing historical biography, as in the studies of Daniel O'Connell (*King of the Beggars*, 1938) or John Henry, Cardinal Newman (*Newman's Way*, 1952), he was still engaging in cultural critique of the political, intellectual and religious condition of the Ireland of his own time. But, like Joyce, his well-informed impatience with the romantic Irish nationalism and conservative Irish Catholicism which had contributed so much to his own formation did not drive him into the opposite camps of Unionism or Protestantism: as Dr Arndt points out, he never renounced his ancestral faith, though he searched long and hard for a more digestible variety of it.

Dr Arndt's treatment is mainly expository, sometimes a little dull and dutiful, but she is not uncritical, accusing O'Faolain with some justification of periodic self-contradiction and intellectual snobbery and a defective historical sense, an inability at times to distinguish between past and present. His career is presented as a sustained, ambivalent, would-be rationalist engagement with romanticism, with realist and idealist impulses in constant tension. Less convincingly, perhaps, he is also introduced as 'a product of the colonial periphery'. This gestures towards recent moves to establish Frantz Fanon as the new patron saint of Ireland and some fairly indiscriminating attempts to cram all parts of Ireland at all periods into the catch-all categories of colonial or post-colonial. It is perhaps unfortunate that this modish but arguably rather unhelpful and unnuanced paradigm is given prominence at the beginning of the book when so little space can be found in what follows to present more than very brief sketches of the complex, changing social and moral context of the often rather unlovely developing nation-state which simultaneously frustrated and stimulated O'Faolain as a writer. Dr Arndt consistently acknowledges the ambivalence in O'Faolain's Irishness, disillusioned yet residually romantic and